



Pablo Berbén

rado de los instrumentos de poder y fuerza y explota a la otra mitad. Es el movimiento más influido por las Women's Lib de los Estados Unidos, y practica abiertamente el odio de clases sexuales. Se le suele acusar de estar dominado por lesbianas, no porque éstas se conviertan en tales por su afiliación al grupo, sino porque el odio o el miedo al hombre las llevan a tomar posiciones radicales.

La huelga de las mujeres ha sido principalmente la obra de las revolucionaristas: la han preparado cuidadosamente, y han conseguido su voto en la asamblea general, a pesar de las muchas reservas expresadas por los otros grupos. Reservas que iban desde la inutilidad del movimiento (una huelga de «servicios sexuales» prevista para tres días no debe tener ninguna incidencia en la necesidad del hombre: la de Lisistrata se prolongó durante mucho tiempo); otras, por esa misma filosofía de la cuestión expuesta anteriormente: porque la sexualidad femenina no debe considerarse, de ningún modo, como un servicio, sino como un acto tan espontáneo y libre en la mujer como en el hombre (también en la asamblea de mujeres de la obra de Aristófanes había las que se negaban a la huelga porque tenían sus propias necesidades y no deseaban renunciar a ellas).

La huelga tenía otros aspectos episódicos. Por ejemplo, la de acentuar el carácter «femenino» o de objeto para poner a los hombres frente a su propia obra. Esto es: acentuar el uso de perfumes, de minifaldas, de desodorantes, de gestos de coquetería y seducción en los lugares públicos, y sobre todo, en los lugares de trabajo donde conviven hombres y mujeres. Incluso, decía la consigna, «serán escritos mensajes de amor con lá-

piz de labios en las carpetas confidenciales...». Y, ocupadas en este simulacro, las mujeres no trabajarían o trabajarían menos esos días, para demostrar que la mujer-objeto es inútil a la sociedad.

Katherine Aube describe a las mujeres del movimiento, sobre todo a las revolucionaristas, como intelectuales, estudiantes o ex estudiantes; «tienen unos veinte años, pantalón, cabellos que si están cuidadosamente tratados con «henné», no están «peinados»; casi todas vienen de un medio burgués... y lo lamentan. El rostro, agudo; la mirada, de fiebre; se baten con ira contra una realidad inaprensible. Una reunión del MLF es una exorcización, un canto encantatorio; ciclos de agresividad, en los que las participantes se lanzan las palabras más crudas, en tono rasgado de voz, suceden a otros de conversación a media voz. Un ritmo marino de palabras que vienen una y otra vez, que, cuando se pronuncian, se tratan de aniquilar o de magnificar: «trabajo», «tipos» («mecs»), «niños», «tendencias fálicas», «dominación»... Aprendices de brujas que juegan con nociones de relación sexual, de amor, de creación de la vida; kamikazes dispuestas al suicidio antes que aceptar un papel subalterno: las mujeres del MLF, con una desconcertante mezcla de utopía y de lucidez amarga, perciben toda la fuerza y todo el riesgo de su movimiento».

¿La huelga?: Ineficaz en sí misma. Ha pasado sin ser vista, o, apenas, convertida en diversión, en anécdotas, en frivolidad. Precisamente aquello de lo que querían huir. Pero ha significado otro paso, un paso más, hacia algo cuya solución no se sabe bien dónde está, pero cuyo problema se percibe cada día. ■

La CaPilla siXtina

LIBERALES DIGITALES

A Pedro Altares le han llamado "liberal digital". Suena muy mal. Hay que reconocerlo. Pedro me ha llamado por teléfono y me ha dicho:

—Sexto. Recorro a tu sensibilidad elíptica hacia el lenguaje para que me digas qué quiere decir eso de liberal digital.

—Arduo problema. Deja que lo consulte conmigo mismo y dentro de unos minutos te telefono la respuesta.

He reflexionado. Sabemos que la palabra liberal tiene distintas significaciones. Yo creo que "liberal", tal como lo ha utilizado "Pueblo" contra Pedro Altares, hace referencia más a un talante civil y personal que a las leyes de la economía capitalista. Y en cuanto a digital, en España no puede tener otro sentido que la designación a dedo. Por lo tanto, "Pueblo" ha acusado a Pedro Altares de ser un liberal designado a dedo. Y si llamar a alguien "liberal digital" es una acusación, quiere decir que el acusador no está de acuerdo con las designaciones a dedo. De lo cual se deduce que el acusador es un partidario de la elección de liberales por sufragio popular. Estamos a punto de asegurar que el acusador de Pedro Altares es un demócrata, pero a su vez un demócrata no electo. Por lo tanto, es un demócrata digital. Albricias.

Llamo a Pedro Altares.

—Pedro. Ya lo sé todo. Un demócrata digital te ha acusado de ser un liberal digital.

—¡Pardiez!

—No es grave.

—No. Pensaba que era peor. Oye, Sexto, ¿quién me ha designado a mi liberal a dedo?

—Esa sí que es grave cuestión. ¿No has recibido tú ningún motorista con un telegrama oficial en el que te nombraban liberal?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Tienes carnet de liberal?

—No.

—Pues no me explico. ¿Tampoco has salido en ninguna lista de esas que algunas revistas publican? Por ejemplo: los liberales del futuro.

—No.

—Pues, chico, no me explíco quién te ha designado a ti.

—No voy a poder dormir si no me aclaras la cuestión.

—Tal vez sea cosa de nacimiento.

—Lo dudo.

—Déjame un ratito más y trataré de solucionarte la cuestión.

Y he pensado. He seguido una por una las peripecias vitales de Pedro Altares y otros supuestos liberales digitales. En ningún caso he sabido localizar ese dedo telúrico que designa liberales. Creo que los dedos telúricos en España han designado casi todo, menos liberales. Esta raza se ha forjado a través de sus propias obras y comportamientos, se ha formado difícilmente tratando de ver lo que no se veía y tratando de leer lo que no se leía. Y en un acto de romántica solidaridad he resuelto cortar el nudo gordiano con la espada.

—Pedro.

—Dime, Sexto. ¿Tienes la solución?

—La he improvisado. Yo te designo liberal.

—¿Asumes esa responsabilidad?

—La asumo.

—Pues yo te designo a ti como liberal.

—Ya somos dos.

Y juntos y sumados, Pedro Altares y un servidor, proponemos que la cosa siga y cada liberal designe con el dedo a otro. A ver qué pasa. ■

SIXTO CAMARA